

*18 de diciembre del 2005
gracias Sergio Gorostiaga!!!*

CAMUS Y GARSON: DOS EDITORIALISTAS PIONEROS

Vale la pena, en este conflictivo inicio de siglo, hacer una revisión acerca del pensamiento de dos de los más lúcidos editorialistas de posguerra: Albert Camus y Marvin Garson. Así como desde su editorial en "Combat", Camús participó en la primera línea de fuego en la resistencia contra el nazismo, Garson lo hizo desde el "Good Times" contra los otros dos grandes totalitarismos sobrevivientes a fines de los '60: el americano y el soviético. Las ideas de ambos, uno ilustre y otro desconocido, no sólo no perdieron su vigencia, sino que todavía aguardan a que por fin nos sirvamos de ellas.

Durante la segunda guerra, Albert Camus publicó dos de las grandes obras de la literatura universal: "El extranjero" y "El mito de Sísifo". Desde 1944, de día, continuaba escribiendo sus novelas y ensayos, mientras que de noche comenzó a trabajar como redactor en jefe y editorialista de "Combat", el periódico clandestino del que fue uno de sus fundadores en plena ocupación alemana.

Producida la derrota final del nazismo, Camus intuía que el mundo continuaba sin haber entendido la lección. Mientras Francia -que acababa de liberarse de una atroz ocupación-, buscaba ahora dominar a los argelinos, él era el primero en salir a apoyar activamente la causa de la colonia africana.

Más de una década después, en Estados Unidos, Marvin Garson era director y editorialista del "San Francisco Express Times", que había fundado junto a Bob Novick. La publicación fue conocida como el "Good Times", en contraposición con el "New York Times" que pasó a ser conocido en el ambiente de la costa oeste como el "Bad Times".

Es realmente muy difícil, aún hoy, encontrar un discurso que, como el suyo, exprese con tanta claridad y frescura una revolución absoluta de todos los valores establecidos a partir del replanteo de nuestra relación con el pensamiento, el poder, la historia, las costumbres y el trabajo.

Además, el norteamericano tuvo la virtud de expresarlo en la cresta de la ola, en los mismos años en que alzaban su voz discursos como los del Women Liberation Front, el Black Power, la Sorbonne, Praga, Tlatelolco, Vietnam o Katmandú.

Tanto uno como otro, nos siguen invitando desde sus escritos a actuar en nosotros mismos y en el mundo de un modo más sensible y socialmente inteligente. Uno de los principales ejes para el pensamiento de ambos, es la relación existente entre el hombre y la historia. Camus sostenía que si bien estamos sumergidos hasta el cuello dentro de la historia, debemos rescatar la parte del hombre que no pertenece a ella. Garson sugería que en el lapso existente entre dos parpadeos está contenida toda la historia de los últimos diez siglos de occidente.

Ya en el siglo XIX, Karl Marx proponía que el hombre era tanto objeto como sujeto de la historia, que uno y otra se forjaban mutuamente. Sucede que los marxistas hicieron hincapié en volverse sujetos. Y así, sólo con serlo, pretendieron dejar de ser objetos, pero para ello no hay tarea histórica que alcance. Más bien se trata de desactivar esa objetivación, ese resultado que somos de la historia.

El socialismo real ni lo intentó, y así constantemente cayó en la trampa de reproducir los antiguos patrones mentales y conductuales que pretendían combatir transformando las estructuras económicas. Falacia de la determinación infraestructural.

Continuando con esta noción del marxismo, nos estamos refiriendo a una teoría revolucionaria sólo en la medida en que busca subvertir la apropiación de la plusvalía por parte de la renta y del capital sobre el producto del trabajo asalariado. Pero la plusvalía no es sólo el excedente comercial revalorizado, sino también energía manual y mental vampirizada al ser deseante.

Nuestra velocidad social de evolución y revolución es directamente proporcional a nuestra urgencia por alcanzarlas, por lo que comienza a desencadenarse recién cuando los seres humanos dejamos colectivamente de ceder nuestra energía a fines ajenos a nosotros mismos para transformarla en libido destinada a satisfacer nuestras necesidades reales, individuales y comunales, nunca mediatizadas por el poder.

El hombre que dio como resultado todos estos siglos de historia occidental es por norma emocionalmente desequilibrado, un ser que no sabe sobrevivir con un pedazo de tierra ni relacionarse con los demás, que no tiene paciencia para meditar o para escuchar a sus interlocutores, que vive una vida vacía y practica una sexualidad compulsiva y a menudo insatisfactoria, que tiene a disposición todo tipo de respuestas pero que no es capaz de hacerse las preguntas adecuadas.

Garson sostenía que hay que juzgar a una sociedad por la clase de individuos que produce. En cierta forma, aquí es deudor de la vanguardia dadaísta. Tristan Tzara, uno de sus máximos exponentes, nos revelaba con voz irónica que cuando entramos en el terreno de la vida cotidiana, estamos penetrando en EL gran secreto.

Dadaístas posteriores consideraron que Dadá no pretendía nada más que ayudar a crear un hombre junto al que resulte agradable convivir. ¿Nada más? Un mundo habitado por gente con la que resulte agradable compartir la vida no sería otra cosa que un mundo liberado de la objetivación de la historia y de la neurosis colectiva, de la manipulación de la energía en el trabajo y de la manipulación de la información para los tiempos de ocio.

Los hijos pueden transformarse en obras de arte en lugar de ser mano de obra, la tierra en una madre que nos alimenta y no una fuente de materias primas para vender y comprar en el mercado, la vida en un trayecto placentero del viaje evolutivo de la conciencia y no un valle de lágrimas como lo es hoy tanto para millones de excluidos como para el puñado que los excluye.

¿Por qué nadie desarrolló seriamente en la vida y en la política las líneas editoriales de Albert Camús y de Marvin Garson? Hay utopías y utopías. Están las viables y están las incompletas.

Muchos hombres en los '50 y en los '60 quisieron transformarse a sí mismos al margen de la historia. Otros tantos quisieron transformar la historia sin transformarse a sí mismos. Los primeros quizás lograron su objetivo, pero luego la historia que dejaron intacta los desbordó.

Los segundos ni siquiera consiguieron lo que se propusieron, porque la historia que no desactivaron en sí mismos se apoderó de ellos y al poco tiempo de disponer de su primera pizca de poder institucionalizado terminaron reproduciendo lo mismo que combatían: más poder, tecnología, control, represión de la disidencia, imperialismo, industria, carrera espacial y, por último, también mercado. Ya entonces, Camús preguntaba con todo derecho a los pensadores marxistas como Sartre: “¿por qué debería silenciar los crímenes de la URSS para no hacer el juego al capitalismo?”

Los dos editorialistas que aquí comentamos comprendieron como nadie que no se trataba de luchar por el socialismo sino por el socialista. Pero no al estilo del “Che”, sino al estilo del Buda. No con la perspectiva de impulsar un nuevo mesianismo y/o marketing revolucionario, sino para ayudarnos a descubrir algunas formas novedosas de usar el potencial del espíritu humano para volcarlo de lleno en la problemática social.

Hasta tiempos recientes parecía imposible esta suerte de budismo comprometido, esta capacidad que tenemos de sumergirnos interiormente y regresar al mundo con la limpieza suficiente en la mirada y en la acción como para colaborar en la generación de un cambio social radical.

Y es que la necesidad de impulsar una reforma real sólo puede surgir de quienes simultáneamente buscan transformarse completamente a sí mismos en sujetos libres de la objetivación de la historia.

A partir de 1945, por suerte, las bombas atómicas sacaron a los iluminados de sus cuevas, dejando vislumbrar el origen de una revolución y una contracultura más creíbles

que la de todas las plataformas políticas y organizaciones sociales del mundo occidental anterior , pues por esta vez están comandadas por la clarividencia.

Ahora bien, unos pocos pensadores como Camus y Garson fueron quienes, a través de sus editoriales, se dirigieron a la gente de la calle para anunciarles esta posibilidad. Nuestro más sentido homenaje y deseos de continuidad a estos dos hombres pioneros de los nuevos medios de comunicación, en los que poco a poco sentimos que vamos participando.

Federico Paz
Equipo de Portal Dorado